

DE AYER A HOY

UN REPORTAJE EN DOS TIEMPOS CON EL PROFESOR CARDENAL

POR EL

DR. JUAN FERNÁN PÉREZ

MADRID

En noviembre de 1919 publicábamos en «La Medicina Ibera» el siguiente reportaje, en el que dábamos cuenta de la manera de operar y de enseñar la Patología Quirúrgica ese gran maestro de la Cirugía mundial que se llama don León Cardenal y Pujals, que ahora, al cabo de casi treinta y cuatro años, he creído interesante continuarla visitando al ilustre cirujano en su domicilio de la calle de don Ramón de la Cruz, donde amablemente ha contestado a mis preguntas de hoy.

He aquí lo que escribíamos antaño:

PATOLOGÍA QUIRÚRGICA

Son las ocho de la mañana, de una de estas mañanas soleadas, con un sol claro que no calienta y un airecillo gris que llega hasta los huesos, cuando nos acercamos a San Carlos. La clase de Patología quirúrgica, primer curso, está a cargo del doctor Cardenal, y comienza todos los días a las ocho en punto. Pero hoy lunes, como los miércoles y los viernes, la clase es operatoria. Los demás días de la semana es clínica, y no digo teórica porque, como verá el que signiere leyendo, las clases teóricas no existen, no deben existir, y de hecho van siendo suprimidas por la mayoría de los catedráticos, que tienen facultades para suprimirlas. Quiero decir los que tienen una preparación suficiente para poder salirse de los moldes rancios y manidos de la preparación previa, en casa, de cualquier capítulo de un libro de consulta, para asistir después a clase a repetir lo que leyeron ante los alumnos, que, en fin de cuentas, salen de la Facultad con maestros tales, con los pies fríos y la cabeza caliente.

En una Facultad como la de Medicina, en la mayoría de las materias lo único que puede aprovechar al alumno es precisamente la explicación práctica delante del enfermo, ante el ocular de un microscopio o ante el mismo cadáver.

Perdone el lector esta digresión en gracia siquiera sea a la espontaneidad con que se me ha escapado de los puntos de la pluma, y volvamos a la clase de Patología quirúrgica. Vamos a ver operar al doctor Cardenal, y otro día vendremos para dar cuenta a nuestros lectores de cómo se desliza una clase práctica o clínica de este catedrático forjado en las salas de los hospitales extranjeros.

El quirófano en que opera Cardenal no existía cuando yo estudiaba, y no soy muy viejo, gracias a Dios. Quiero decir que es de reciente construcción. Esto de la construcción está mal dicho. En realidad debiera decir de reciente habilitación, puesto que lo hecho ha sido eso precisamente: habilitar un local para destinarlo a sala de operaciones. Claro es que como el local no estaba construído para este fin, las condiciones que reúne son bastante deficientes. En un rincón de una amplia sala se han instalado una mesa de operaciones y unas cuantas mesitas auxiliares: se ha circundado todo ello de una valla de madera de poca altura, especie de barrera que sirve para separar a los profesores y ayudantes del resto de los alumnos que acuden a ver operar, y más afuera se han montado unas graderías, pinas y estrechas, que sirven de incómodo asiento a quienes asisten a las intervenciones.

Cuando hemos entrado sólo hay media docena de alumnos, que observan detenidamente las manipulaciones de los ayudantes para desinfectar el campo operatorio de un enfermo tan demacrado que ya parece cadáver. Alrededor del paciente se agitan varios alumnos guarnecidos con sus nítidas blusas. El enfermo tiene el vientre al descubierto y deja ver en la ingle derecha la cicatriz de una hernia operada: ahora le preparan para practicarle una gastroenterostomía. ¡Los hay desgraciados! Una hernia y después una lesión de estómago que obliga a una operación tan grave... ¡Es como para desear no haber venido al mundo!

La extrañeza que me produce la juventud de un grupo que acaba de entrar, me invita a preguntarles si son alumnos de Patología quirúrgica.

—No, señor—me responde uno—; somos estudiantes del preparatorio, pero venimos a San Carlos a ver operar para irnos acostumbrando para cuando el año que viene tengamos que asistir a Disección.

En este momento entra Cardenal. Viene silenciosamente; los pies, metidos en amplios chanclos de goma; las piernas, embutidas en limpiísimos y ampulosos pantalones blancos, y el cuerpo, delgado, magro hasta la exageración, en un mandil impermeable amarillo. Todo su cuero cabelludo está perfectamente cubierto por un casquete negro a modo de un gran solideo. Por las cortas bocamangas salen los brazos nervudos, pero flacos, como palillos largos de tambor. Este indumento hace al doctor Cardenal acrecentar en estatura casi tanto como amengua en grosor.

Como si se tratase del más escrupuloso rito sagrado, Cardenal va procediendo a las manipulaciones de su asepsización. Encima de la blusa de hule cae la esterilizada blanca, de mangas largas. La cara, la cabeza entera desaparece tras la máscara de gasa esterilizada, y las manos se calzan con los guantes de goma.

Una señorita enfermera, vestida igual que el maestro, prepara en una mesita transportable el instrumental y las gasas. Cada trozo rectangular de gasa recibe de la enfermera dos tijeretazos que lo dividen en tres trocitos de forma triangular. Las agujas son cuidadosamente enhebradas.

El ayudante del profesor está igualmente protegido por todas las reglas de la más escrupulosa asepsia. Además, hay otro alumno interno lavado y dispuesto para ayudar en un momento dado.

El profesor ha tomado en su mano el bisturí. De la misma manera, un pintor exaltado por la grandiosidad de su arte, hubiera tomado el pincel para comenzar una obra excelsa. La hoja del bisturí ha caminado un momento por la piel, oscurecida por el yodo, dejando como huella de su camino una línea blanca

nacarada que luego se hace roja. Hay un silencio de no existencia, sólo turbado por la respiración, clorofórmicamente dificultada, del enfermo.

Ya está abierta la cavidad abdominal. Un momento después, detrás de la gasa suena la voz, un poco lejana, un poco de ultratumba del maestro:

—He aquí el estómago —dice, a la vez que con una pinza de ramas muy largas prende un gran pellizco.

—Este es el duodeno —agrega luego, al mismo tiempo que lo pinza de análoga manera.

Al estómago y al duodeno los hace descansar sobre un lecho de gasas engarfiadas. Un tiempo de sutura, y el cuchillete del cauterio esparce un olor ligeramente repugnante de carne quemada.

Termina la intervención. Apenas han pasado treinta y cinco minutos. De la limpieza, de la destreza, de la elegancia operatoria del doctor Cardenal se saca la impresión de que este ilustre maestro «opera de frac y guante blanco».



EL DOCTOR CARDENAL A LOS 18 AÑOS.

EL DOCTOR CARDENAL, EXPLICA

A la mañana siguiente hemos asistido a la clase clínica. Nos ha producido cierta extrañeza el hecho de que antes de la hora los bancos de la

cátedra sexta están ocupados casi en su totalidad.

A las ocho y unos minutos ha entrado don León Cardenal y Pujals, rodeado de varios asistentes. Todos visten blusa blanca y produce una muy grata impresión el contraste de su albura sobre el fondo negro de la pizarra.

A mi izquierda se ha sentado una alumna, diminuta, pimpante, de labios gordezuelos a lo Nestor y un coquetuelo lunar en la mejilla a lo Pepito Zamora.

Cardenal ha requerido una carpeta. En ella hay una serie de hojas, fichas o como quiera llamarse, en las que consta el nombre del alumno y un conjunto de detalles a él referentes que permiten al maestro tener, en un momento dado, el más exacto conocimiento del mismo.

El profesor ha ido pasando hojas de éstas. Ha nombrado a varios alumnos, y de entre los nombrados han salido seis. Uno de ellos ha sido preguntado sobre los diferentes elementos que forman la sangre. La pregunta ha pasado a los demás alumnos.

Entonces he creído que era esta serie de preguntas y la llamada a los alumnos lo que les obligaba asistir a clase tan de mañana y en tan crecido número. Con motivo de estas preguntas salteadas, el doctor Cardenal, provisto de yesos



ULTIMO RETRATO DEL PROFESOR CARDENAL.

de colores, ha dado una explicación magistral de la génesis de los elementos sanguíneos y las deducciones clínicas que pueden hacerse de la alteración en número y forma de cada uno de ellos.

Entonces he comprendido que los alumnos no asisten sólo por temor a la «lista», sino por las importantes enseñanzas que de cada una de estas clases se desprenden. Yo mismo me he prometido asistir todo lo más asiduamente que pueda, como simple oyente.

Al terminar la clase, varios alumnos se han acercado a la mesa del profesor a preguntar diferentes cosas, de las que han sido, por el mismo Cardenal, cordialmente informados.

Yo también he sido acogido con esta misma afectuosa cordialidad.

—¿Explica usted siempre así?

—No; la mayor parte de los días traigo enfermos a clase y hago que los alumnos observen por sí mismos los diferentes síntomas. Sobre estos enfermos hago la lección.

—¿Suspende usted muchos?

—No. A los que asisten a clase y les pregunto y contestan, los apruebo por el curso. A los que no asisten, los examino con cierto rigor.

—¿Cómo divide usted los tres cursos?

—En Patología quirúrgica desapareció esa costumbre desde la muerte de Guedea. Yo explico siempre primer curso de Quirúrgica, comprendiendo la Patología quirúrgica general, y este año, además, la de cráneo. El doctor Olivares explica segundo curso, abarcando todo lo demás, menos la Cirugía especial de las vías urinarias, que explica en el tercer curso el doctor Mollá.

—¿Opera usted mucho en San Carlos?

—Sí. En los años que llevo de profesor llevo hechas 2.600 operaciones. El curso pasado operé 497 enfermos, contando como cuento, solamente con 40 camas. Este año serán muchos más los operados.

—¿Qué le gusta operar más?

—Todo me gusta. Es una de las cosas que aprendí de Kocher: a operarlo todo.

—¿Tiene usted muchos ayudantes?

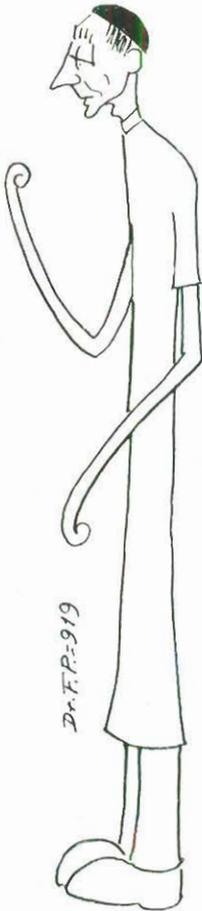
—En la actualidad, dieciséis. Unos, ya médicos; otros, alumnos de cursos anteriores, y otros, los menos, de este mismo curso. Todos, excepción hecha de los internos, trabajan gratuitamente. Además, yo les enseño a operar y les dejo operar, bajo mi vigilancia, con mucha frecuencia.

—¿Predominan las hernias entre las operaciones que usted realiza?

—Son justamente la mitad de las operaciones que hago.

—¿Pasa usted mucho tiempo en San Carlos?

—Sí, señor; más del que puedo. Entro antes de las ocho de la mañana y salgo siempre después de las doce.



EL PROFESOR CARDENAL VISTO POR EL DOCTOR FERNÁN PÉREZ EN 1919.

Y... un breve saludo de despedida que puede servir para poner* fin a este artículo.

* * *

Ahora, al cabo de los años, cuando tan brillantes conquistas ha logrado la Cirugía y el profesor Cardenal ha sido jubilado y yo le ando a los alcances, aun cuando en realidad yo no tengo de qué jubilarme, ya que tirando por la borda todos los cargos del Estado, Diputación y Municipio, que en lejanos tiempos padecí, me he permitido llamar por teléfono a don León y explicarle mi deseo de hacer con él una nueva interviú, que el eminente maestro ha aceptado amablemente diciéndome:

—Venga usted cualquier tarde, después de las tres.

Y ya estoy en su casa. Don León sigue igualmente delgado y ágil como en aquellos lejanos tiempos del año 19. Unas pocas más arrugas en la cara, cuidadosamente rasurada, como siempre; menos cabellos que peinar y la misma viveza en la mirada, como puede apreciar el lector amable por la foto que tuve el placer de hacerle y que ilustra este artículo.

—¿Por qué se hizo usted cirujano?

—Porque ya lo era antes de darme cuenta de que existía. Viví siempre, al lado de mi padre, un ambiente quirúrgico y ayudándole; desde 1890 se fué formando y desarrollando mi afición a la Cirugía, cuando por aquellos tiempos mi padre introducía y vulgarizaba en Barcelona la cirugía antiséptica, y puedo asegurar a usted que hoy día sigo con la misma afición a la Cirugía que hace veinte, treinta, cuarenta años, y todavía me siento bastante joven para seguir estudiando y aprendiendo de los maestros extranjeros y de los nacionales, que no tienen que envidiar nada, en su mayoría, a lo que hacen y saben los que viven fuera de nuestras fronteras.

—¿Cuál fué su primera operación?

—Un ántrax del cuello, en 1898, y todavía me emociono al recordarlo, como sigo entrando siempre en el quirófano con la más intensa emoción. En mis primeros tiempos de cirujano sólo se practicaba una Cirugía que pudiéramos llamar «de necesidad»: flemones, abscesos, heridas, amputaciones, resecciones articulares, histerectomías por vía vaginal, cálculos vesicales por vía perineal, tumores, etc. Es decir, el cirujano intervenía cuando no había más remedio que hacerlo.

—¿A qué cree usted que se ha debido el perfeccionamiento actual de la Cirugía?

—A muchas causas, pero esencialmente a la asepsia y antisepsia de los antiguos y a los antibióticos y a la anestesia en la moderna Cirugía. La Cirugía actual, y, por lo tanto, los cirujanos, no habrían logrado llevar esta ciencia y arte al florecimiento de hoy sin esos dos nuevos y formidables recursos técnicos que son los antibióticos y el perfeccionamiento de los métodos de anestesia. Ya no contemplamos poco menos que inertes, como hasta hace pocos años, el estallido y el curso de una infección, sino que podemos actuar de manera eficaz para combatirla.

—¿Cuántas operaciones ha practicado usted en sus cincuenta y tantos años de cirujano?

—He operado a treinta y un mil enfermos y espero seguir operando todavía largo tiempo.

—De esas operaciones, ¿cuántas realizó usted gratuitamente?

—Más de veinte mil. No he sabido cobrar. Es cierto que he ganado bastante dinero, pero como lo ganaba lo gastaba, y si hoy mismo no trabajase, no podría vivir como vivo.

—Y si tuviera usted que someterse a una intervención quirúrgica, ¿tendría miedo?

—Sí, señor, mucho miedo.

—¿Fuera de la Cirugía, qué le agrada más?

—La música, y sobre todo la wagneriana. Lo que siento es no haber dispuesto de tiempo mas que para oírla y no para practicarla. No sé tocar ni el piano con un dedo.

—Y de no haber sido médico, ¿qué le habría gustado ser?

—Marino.

Continuamos hablando largo rato, aun cuando el doctor Cardenal no es un conversador fluído. Hay que tirarle un poco de la lengua. Pero nos dijo cosas interesantísimas de la Cirugía actual y de los cirujanos de hoy, pero casi todo ello puede encontrarlo el lector interesado en estas cuestiones en su magnífico discurso inaugural del curso 1950-1951 de la Academia de Cirugía de Madrid, que, con el título «Ojeada sobre la evolución de la Cirugía y del cirujano: Cincuenta años de ejercicio profesional», Espasa Calpe ha hecho una primorosa edición de bibliófilo.

El profesor Cardenal ha tenido la paciencia de posar ante el objetivo de nuestra retina, y ahí tienen ustedes el retrato obtenido, que no difiere del que le hizo Wicky en Berna, cuando tenía dieciocho años, sino en la diferente cantidad de arrugas y de cabellera. Por lo demás, es exactamente igual de magro y de serio...